

NOTICIAS DE LIBROS

CALLAN TANSIL, Charles: *Die Hintertür zum Kriege. Das Drama der internationalen Diplomatie von Versailles bis Pearl Harbour*. Düsseldorf, Droste-Verlag, 3.^a ed., 1957, 733 págs., y 30 grabados fuera de texto.

Aun duraba la batalla libresca sobre la cuestión de la culpabilidad en la primera guerra mundial, cuando en el otoño de 1939 estalló la segunda que no solamente causó daños y pérdidas; casi incomparables con los de la contienda de 1914-1918, sino que dejó a Europa en un estado mucho más grave. Al igual que después de la primera guerra la conciencia occidental estaba dispuesta a cargar toda la culpa a las potencias centrales, el "kaiser" Guillermo II a Berchtold y Tisza, al terminar la segunda se le imputó todo al dictador "nazi" y a los pequeños monstruos amarillos que, con su alevoso ataque contra Pearl Harbour, provocaron a los Estados Unidos y convirtieron la contienda en una verdadera conflagración mundial.

La desilusión motivada por los discutibles resultados de las dos "cruzadas americanas", y muy especialmente de la segunda, inspiró toda una literatura de escritores "revisionistas", críticos de la política de Roosevelt (Barnes, Beard, Chamberlain, Flynn, Morgenstern, etc.), empeñados en demostrar que todos hicieron lo suyo para llegar al campo de batalla: unos marchando con bandera y música por la calzada de guerra, otros siguiendo los caminos de las notas diplomáticas "estrictamente confidenciales" y de las doctrinas del "mundo indivisible" y de la "seguridad colectiva" propagadas en la Prensa hasta llegar a la fatal "puerta trasera de la guerra".

En este "debate americano" de "regulacionistas y revisionistas", de "intervencionistas

y aislacionistas" hizo uso de la palabra Ch. C. Tansill, catedrático de Historia diplomática americana en la Universidad Georgetown, con este libro notable por su extensión, concisión y documentación, procedente en gran parte de los archivos del Departamento del Estado. Para hacer comprender la evolución política que condujo a la guerra y a la participación estadounidense en ella, no tomó por punto de partida, como tantos otros, la situación internacional de 1938, ni tampoco la toma de posesión del presidente Roosevelt y la subida de Hitler al poder (1933), sino que describió "el drama de la diplomacia internacional de Versailles a Pearl Harbour", retrocediendo en su introducción histórica a los comienzos de la amistad anglo-americana (nota del 6 de septiembre de 1899), a la alianza anglo-japonesa (el 30 de enero de 1902) y a la "primera cruzada" americana.

El traductor alemán de la obra, Hans Steindorff, que suplió con unas notas muy convenientemente la concisión, a veces excesiva, del autor, resume con las siguientes palabras la concepción fundamental de éste:

"La intervención armada de América en 1917 decidió la guerra mundial, haciendo posible con su ayuda una victoria absoluta de las potencias de la Entente y destruyendo con ello radicalmente el equilibrio de las fuerzas europeas. Bajo la corteza de hielo de los tratados parisienses en realidad yacía Europa completamente desordenada; era en gran parte una tierra de nadie

disputada, una jungla política que invitaba a los dictadores a la caza furtiva. El querer mantener a toda costa los tratados de París y fortalecerlos por medio de pactos colectivos significó que sólo la violencia podía eliminarlos y que antes o después se debía llegar a la guerra. Sin embargo, en tal caso, América hubiera podido mantenerse apartada y neutral para establecer con toda su potencia material, la paz creadora de un nuevo equilibrio europeo, cuando la lucha hubiere llegado a un estado de agotamiento general, o, quizás, a un empate. Aunque Europa no se ha liberado de los dictadores, se hubiera podido separar a Mussolini (y al Japón) de Hitler; sin embargo, la conquista de Etiopía—reconocida *de jure* por Inglaterra después de haberse opuesto hasta llegar al borde de la guerra—contradijo a la doctrina stimsoniana del “no-reconocimiento”. El resultado fué: Italia se apoderó de Etiopía, el frente de Etrésa se quebró, las relaciones entre Roma y Washington se envenenaron y Mussolini se acercó más a Hitler. Se dejó crecer a éste, en cuanto se denegaba toda concesión importante a la República de Weimar, causando, también, la caída de Brüning. Finalmente, si no se había frenado a tiempo a Hitler ni enfrentado con él inmediatamente, éste habría podido ser desviado hacia la Rusia Soviética. Fué Inglaterra la que impidió tal solución. Tanto las potencias europeo-occidentales, como los Estados Unidos, hubieran podido presenciar inactivos la lucha entre Hitler y Stalin, para intervenir luego comúnmente, antes de que uno de los contrincantes hubiere obtenido un predominio peligroso. América no estuvo amenazada por Alemania en ningún momento; la alianza de Hitler con el Japón se dirigía, según la intención de la política alemana contra Inglaterra y Rusia y tuvo ante todo la finalidad de espantar a los Estados Unidos de una entrada en la guerra contra Alemania.”

Esta concepción de Tansill—huelga decir que de una factibilidad hartamente dudosa por las numerosas incógnitas que debían intervenir—, representa un intento de hermanar la convicción aislacionista del autor con la conciencia de la responsabilidad político-moral que los Estados Unidos, debido a su propio peso político, económico y militar, ya no podían alejar de sí en modo alguno.

Sin simpatizar con las pretensiones fas-

cistas y con la política nacionalsocialista alemana, condena el autor todas las actitudes negativas e inútiles provocaciones americanas, como fueron el simulacro de proceso contra Hitler en Nueva York (1934), la prohibición de venta de helio para las aeronaves “Zeppelin” y las escapadas políticas del alcalde La Guardia y del cardenal Mundelein (1937). Fustiga, además, duramente a los que favorecieron el espíritu combativo en los Estados Unidos, vieron con indiferencia el acercamiento de la tragedia y hasta indujeron premeditadamente al Japón a disparar el primer tiro.

La rica documentación de la obra de Tansill (clasificaba en: I. Manuscritos, documentos oficiales y particulares; II. publicaciones impresas, documentos y colecciones privadas de documentos, discursos y cartas; III. diarios, memorias y diversos, y IV. biografías, monografías, estudios y artículos) no ha traído ninguna revelación, pero sí ha recogido y divulgado un número considerable de hechos poco conocidos y más o menos conscientemente desatendidos, sobre todo en lo que se refiere a los esfuerzos realizados por las potencias del triángulo Berlín-Roma-Tokyo para evitar una guerra en los Estados Unidos (la reacción alemana al viaje de William Rhodes Davis, el intento de Mussolini “en la hora doce de Europa”, las iniciativas del almirante Nomura y del príncipe Konoye) y en cuanto atañe al fortalecimiento de la tendencia intervencionista en América, a pesar de las aseveraciones del Presidente de mantener la paz y la neutralidad, si bien con la limitación ominosa de “mientras que esté en su mano” (discurso radiofónico de Roosevelt el 3 de septiembre de 1939). Con todos los detalles del relato—escrito en un tono desapasionado y en lenguaje muy gráfico lleno de imágenes tomadas de la navegación, la medicina, la meteorología, etcétera—, el autor no agotó ni pretendió agotar el tema de la Historia diplomática entre las dos guerras mundiales; no son pocos los acontecimientos que se pasan por alto (las relaciones germano-soviéticas antes de 1939, la actitud de las potencias respecto a la guerra civil española, los arbitrajes de Viena y las fronteras centroeuropeas) para concentrar la atención en los puntos que Tansill consideraba como cruciales en el desarrollo de los contactos internacionales.

“Mientras tanto”—termina el autor en el capítulo XXVI y último de su libro—“Roosevelt y Harry Hopkins miraban con una impasibilidad asombrosa estas horribles posibilidades. En la silenciosa soledad del despacho ovalado, sin ser molestado por las llamadas telefónicas, hojeaba callado, el Presidente, su copiosa colección filatélica y Hopkins acariciaba a Fala, el “scotch-terrier” de la Casa Blanca. A las 13,25 la

muerte se presentó en la puerta. Los japoneses habían bombardeado Pearl Harbour. América fué empujada repentinamente a una guerra, a la que no ha seguido todavía ninguna paz”.

Para precisar el sentido exacto de este “de repente” fueron escritas las restantes, casi 700, páginas de texto de “La puerta trasera de la guerra”.

Z. A. R.

DEUTSCHER OSTEN UND SLAWISCHER WESTEN. *Tübinger Vorträge herausgegeben von Hans Rothfels und Werner Markert*. Tübingen, J. C. B. Mohr (Paul Siebeck), 1955; 127 págs.

En este volumen IV de los Estudios Tubingueses de Historia y Política, se recogen diez conferencias pronunciadas en la Universidad “Eberhard Karl” de dicha ciudad durante el curso 1954-55. Alrededor del tema general “Este alemán y Oeste eslavo” se desarrollan en estas lecciones “el carácter y la importancia del Este alemán y su puesto en la historia general germana y europea” conduciendo a la problemática de la vecindad y del encuentro con otros pueblos en el pasado y el presente. Al lado de unas interesantes contribuciones sobre aspectos culturales—Las relaciones germano-eslavas a la luz de la Lingüística (Heinz Wissemann), el barroco silesiano (Dagobert Frey), Dantzig como centro cultural del Este alemán (Willi Drost) y la Música alemana y el Este (Walter Gerstenberg) encontramos estudios de *Hugo Moser* sobre los problemas étnicos de los islotos idiomáticos en Europa Oriental y Sudoriental, de *Bernhard Stasiewski* sobre las iglesias en los países centro-orientales, y de *Walter Conze* sobre sociedad agraria y sociedad industrial en la misma región europea. Merecen la atención los trabajos de *Hans Rothfels* que ilustra el problema del Estado nacional en Europa Centro-Oriental con el fracaso de 1848-49 (pertenencia étnica y nacionalidad, idioma y conciencia política como presuntas bases del Estado nacional) y de *Werner Markert* sobre la de-

mocracia nacional y la federación soviética como “las dos tendencias extremas del nacionalismo europeo” que “determinaron el nuevo orden estatal del Oriente Europeo, después de la caída de las grandes potencias supranacionales”. Las conclusiones del ciclo las formula *Eugen Lemberg* en su lección “Europa Centro-Oriental en la conciencia histórica alemana”: el reajuste de la visión histórica alemana, inevitable después de la segunda guerra mundial y caracterizado por la comprensión internacional en vez del afán de justificarse a sí mismo, no puede pasar por alto la cuestión de las relaciones germano-eslavas. La futura visión de la Historia no deberá retratar a los pueblos centro-orientales como adversarios y “outsiders”, sino como colaboradores y “partners”. La mente alemana habrá de renunciar a la actitud apologetica y defensiva ante ellos superando el enfoque unilateral político-estatal para aprender a pensar “popular-históricamente (*volksgeichtlich*). Por fin, se deberá romper la estrecha base de la “comunidad medieval germanolatina; sentada por Ranke, para que no se impida la incorporación de Euroja Centro-Oriental por la trasnochada idea de la vertiente cultural Oeste-Este.

El volumen fué ofrecido en homenaje a Hermann Aubin con motivo de su 70 aniversario.

Z. A. R.

KING, John Kerry: *Southeast Asia Perspective*. MacMillan Company, Nueva York, 1956.

El libro de John Kerry King es un examen de la situación del Asia del Sudeste, estudiada en la *perspectiva* de la lucha actual entre el comunismo y los Estados Unidos.

John Kerry King analiza con perspicacia las probabilidades de éxito del comunismo en Asia del Sudeste. En primer lugar, en el aspecto político, en una región domida por el odio al colonialismo, el comunismo goza del enorme prestigio de haber ocupado siempre el primer puesto en la lucha anticolonial. "Naturalmente, eso le ha ayudado a mezclar, en muchos espíritus, los símbolos de comunismo y de nacionalismo..." (Pág. 76.)

En el aspecto económico los pueblos del Asia del Sudeste sueñan con poder equipararse rápidamente, y sobre todo, equipararse por sí mismos, sin convertirse en los deudores de las potencias occidentales. También en eso el comunismo se identifica con ese anhelo. El paso—por sus solos medios—de una Rusia económicamente atrasada al primer puesto de los países industriales del mundo, y más recientemente, los indiscutibles progresos económicos de la China comunista, ejercen en los países poco desarrollados del Sudeste asiático una poderosa atracción, la cual es mucho menos combatida que lo que suele serlo en Occidente por el factor individualista. Y en el aspecto espiritual, en una región en la que las estructuras tradicionales han sido sistemáticamente destruidas por el colonialismo, el comunismo desempeña el papel de una religión y da un cierto sentido a la vida y a la sociedad. "Incapaces de retornar hacia los valores y hacia la autoridad tradicionales, incapaces de hallar en la filosofía occidental una respuesta a los problemas que los atormentan, son numerosos los intelectuales de Asia que se han inclinado al marxismo por la seguridad intelectual y espiritual que parece proporcionarles." (Pág. 78.)

Eso explica que, desde el principio, el comunismo haya podido arraigar sólidamente en el Asia del Sudeste. Bastante antes de la revolución rusa, en Indonesia existía, en 1914, una Asociación Social Democrática Revolucionaria, que se transformó, naturalmente, en Partido Comunista Indonésico (P. K. I.) en 1920. En Indochi-

na, Ho Chi Minh organizó, en 1925, una Asociación de la Juventud Revolucionaria Anamita, que en 1930 se convirtió en el Partido Comunista de Indochina (P. C. I.) En Filipinas, las células comunistas, fundadas en 1925, se fusionaron abiertamente en 1930 para crear el Partido Comunista de Filipinas (P. C. F.). En Malasia, desde 1920, la agitación y la propaganda comunista habían empezado desde 1920 entre los estudiantes y los obreros chinos, y así fué fundado el Partido Comunista de Malasia (P. C. M.) en 1931.

Hasta la guerra, los partidos comunistas del Asia del Sudeste, perseguidos por la Policía colonial, no pudieron nunca alcanzar una gran extensión y desarrollo, sobre todo de elementos directores. La invasión japonesa de 1941 les dió esa probabilidad. Los directores comunistas agueridos convirtieron, como era natural, en los directores de los movimientos locales de resistencia. Estos recibieron de los aliados (y en particular de los Estados Unidos, que no abrigaban ocultas intenciones colonizadoras) el reconocimiento, subsidios y armas. En el momento en que se produjo el derrumbamiento del Japón, en 1945, los comunistas estaban perfectamente situados, en todo el Sudeste asiático, para desempeñar un papel político de extraordinaria importancia. Pero los partidos locales, mal dirigidos por Moscú, que—a pesar de una leyenda contraria, no estaba entonces más al corriente de las cuestiones del Asia del Sudeste que lo estaba Washington—actuaron con gran apresuramiento, indispusieron a la población y organizaron insurrecciones prematuras. Lo mismo en Indonesia, en Birmania que en Filipinas, las insurrecciones comunistas acabaron por ser aplastadas por los Gobiernos nacionalistas recientemente nombrados. Como consecuencia de esas derrotas, el Partido Comunista se encontró, o bien fuera de la ley, o bien bstant disminuído. Así, únicamente, en el Vietnam—en donde la potencia colonial había conseguido instalarse de nuevo—es en donde los comunistas, polarizaron la lucha armada contra el extranjero, pudieron triunfar.

Con el advenimiento de la China comunista se inauguró un nuevo período. J. K. King opina que la victoria de la China co-

munista es de una importancia extraordinaria para el porvenir del comunismo en el Sudeste asiático, no precisamente, como pudiero creerse a simple vista, por el crecimiento de las fuerzas militares comunistas (pues una amenaza directa china sobre el Asia del Sudeste se hallaría contrarrestada por una amenaza directa de represalias atómicas americanas), sino más bien por el perfeccionamiento de la táctica política del comunismo. Mediante la dirección de Pekín, "la estrategia y la táctica comunistas en el Asia del Sudeste sabrán, sin duda, adaptarse mejor a las condiciones locales que como lo han hecho en el pasado. Es harto verosímil que los comunistas chinos permitirán y hasta alentarán la iniciativa de los partidos locales para elaborar y aplicar una estrategia y una táctica apropiadas". (Pág. 100.)

De modo particular, los comunistas del Sudeste asiático, instruidos por la experiencia de China, desarrollarán un menor esfuerzo cerca del proletariado urbano, pero mucha mayor cerca de los aldeanos y campesinos. Estos constituyen el 85 por 100 de neral, se hallan completamente abandonada la población del Asia del Sudeste. En gados de los Poderes públicos, que son *poderes urbanos*. "Su papel tradicional consiste en pagar los impuestos, suministrar soldados para el Ejército y obedecer las leyes y reglamentos gubernamentales. A cambio de todo ello..., tienen poca voz o casi ninguna en las decisiones que les conciernen. Con demasiada frecuencia, son víctimas indefensas de la corrupción administrativa... Ante tales circunstancias, aquellos pueblos son una presa particularmente fácil para la penetración y el adoctrinamiento comunista, y posteriormente, para la organización y el predominio de los comunistas. Tanto en China como en Vietnam, la táctica de conquista comunista de las aldeas y pueblos ha sido empleada con gran éxito. Aquellos agentes comunistas que viven y trabajan con los campesinos se han interesado por el bienestar de éstos, han respetado sus opiniones, los han consultado a menudo y hasta han adoptado decisiones de conformidad con ellos... Con esta técnica, han logrado descubrir entre los campesinos a aquellos que revelaban talento y capacidad de mando, y así han formado con los jóvenes—el elemento más manejable—directores de pueblo eficientísimos..." (Página 103.)

¿Están los Estados Unidos en condiciones de luchar con éxito contra el avance del comunismo en el Asia del Sudeste? Es indudable que los Estados Unidos, mediante un despliegue de sus fuerzas militares, pueden impedir que China intervenga militarmente en Birmania y en Tailandia, o que el Vietnam del Norte se decida a una agresión contra Laos o el Vietnam del Sur. Pero ¿hacen actualmente los Estados Unidos lo indispensable para contrarrestar la lenta—pero segura—infiltración comunista en las masas de Asia del Sudeste? J. K. King opina que no. Los Estados Unidos, a juicio de J. K. King, están sobradamente hipnotizados por las amenazas inmediatas del comunismo, y de ahí la importancia concedida a la militarización de los países aliados del Sudeste asiático y a una propaganda anticomunista persistente.

Aun sin dejar de consagrar la atención debida al problema de la seguridad inmediata, "los Estados Unidos—afirma King—deben adoptar en el Asia del Sudeste un tema central más dinámico y más positivo que el del anticomunismo". (Pág. 282.) Prácticamente, si comprendo bien al autor, eso significa que Norteamérica, en lugar de equipar con gastos enormes los ejércitos nacionales aliados del Asia del Sudeste, haría mejor en orientar su esfuerzo hacia el equipamiento económico de aquella región asiática en general. Haciendo esto, la defensa occidental no perdería nada, pues no es razonable considerar que el Asia del Sudeste pueda ser un baluarte militar eficaz contra una agresión comunista internacional. El único baluarte, es una eventualidad parecida, es la fuerza de Norteamérica y la voluntad de los Estados Unidos de utilizar esta fuerza para la defensa de aquella región". (Págs. 274-275.) Como puede comprenderse que, al menos por el momento, la fuerza y la voluntad americanas desvían con eficacia a las potencias comunistas de una agresión directa, la amenaza más real del comunismo en el Sudeste asiático es la de la infiltración. Puesto que la miseria es el arma principal del comunismo en esta infiltración, la única respuesta americana eficaz sería la lucha contra la miseria mediante una ayuda ingente a los programas de equipamiento económico.

Nadie duda de que los Estados Unidos prestan una evidente ayuda económica y técnica al equipamiento de los pueblos del Asia del Sudeste; pero, por una parte, di-

cha ayuda resulta irrisoria con relación a las necesidades, y, por otra, políticamente, es más perjudicial que útil. En efecto, los Estados Unidos dan con frecuencia la impresión "de ofrecer la engañifa de la ayuda económica y de la asistencia técnica para obtener ciertos objetivos políticos inmediatos". (Pág. 235.) El nacionalismo susceptible de los países recientemente libres del Asia del Sudeste se ofuscan ante una ayuda que le parece como la compra de su independencia política. King opina que fué un gran error ofrecer a los pueblos jóvenes del Asia del Sudeste la ayuda económica de los Estados Unidos mediante la condición de una alianza política contra el mundo comunista. Insistir para que los pueblos asiáticos neutrales (la India, Birmania, Indonesia y Camboya) atemperen su política exterior a la de los Estados Unidos y medir la ayuda económica con arreglo a su flexibilidad política no puede producir más que efectos contrarios. Como consecuencia de tales presiones (económica, política o de propaganda) de los Estados Unidos, los pueblos neutrales identifican y confunden cada vez más neutralismo e independencia... Se les figura cada vez más sospechoso el *imperialismo* americano e incluso se acercan tanto más a la U. R. S. S. cuanto que después de haber condenado ésta también el neutralismo, ha tenido la inteligencia de

admitirlo, o, por lo menos, aparentar que lo admitía... (Págs. 260 y sigs.) Resulta absurdo, a juicio de King, que, en virtud de una política de "todo o nada", hayan de enajenarse países que, tal y como son, pueden ser elementos valederos en el equilibrio mundial. "Sería mucho mejor para los intereses americanos—escribe el autor—dejar que Estados como la India, Birmania, Indonesia y Camboya desarrollen un neutralismo responsable e independiente, más bien que obligarlos a acercarse económica y políticamente al bloque comunista... La diplomacia americana debe hallar una solución que evite presentar la crítica situación internacional actual en tales términos que pudieran crear la ilusión de una afinidad entre el comunismo internacional y el neutralismo." (Pág. 292.)

El doctor John Kerry King, que ha vivido y practicado la enseñanza en Tailandia, ha visitado *todos* los países comentados en esta obra (con excepción, evidentemente, del Vietnam del Norte) y su opinión íntima acerca de la situación de esta región está apoyada por la autoridad de Edwin F. Stanton, embajador de Norteamérica durante mucho tiempo en Bangkok, quien ha escrito el prólogo de *Southeast Asia in perspective*.

M. P.

DUPUY, René-Jean: *Le nouveau Panamericanisme. L'évolution du système inter-américain vers le fédéralisme*. (Bibliothèque de la Faculté de Droit D'Alger. Volumen XIX). Editor A. Pedone. París, 1956. 256 págs.

El movimiento Panamericano, desde hace mucho tiempo, viene llamando la atención de los estudiosos del Derecho del mundo entero. Son tales las circunstancias históricas, políticas, económicas, culturales o sociales que se dan cita en el Continente americano, que se brinda un campo de estudio realmente muy amplio para, por comparación o extensión, sacar consecuencias u obtener resultados en conexión con el objeto de tal o cual trabajo. Son muchos los años de experiencia que el Continente americano viene atesorando desde que se celebrara en Washington (1889-1890) la I Conferencia Internacional o incluso desde que Bolívar convocara a una reunión a los Estados hispanoamericanos en Panamá (1826). Si sobre este fondo de actuación se toma en

consideración el impacto producido por las dos guerras mundiales en las relaciones de los países americanos, se podrá llegar a conclusiones tan interesantes como las obtenidas por Dupuy.

En efecto, el autor francés se ha visto atraído con tal fuerza por el movimiento de que hablamos, que a él ha dedicado un libro, cuya tesis, en definitiva, no es sino analizar los hitos del panamericanismo y ver, a través de ellos, como va teniendo lugar una progresiva evolución del sistema interamericano hacia el federalismo. El libro está dividido en dos grandes partes: la primera dedicada a la solidaridad continental y la segunda a lo que el autor llama federalismo institucional. Lo más interesante, a nuestro entender, es el distinto ritmo

con que están escritas una y otra partes, pues mientras en la primera podríamos decir que Dupuy se limita a una mera exposición de hechos, en general históricamente expuestos, considerando los elementos culturales, políticos, económicos y sociales de la solidaridad continental, o dicho de otro modo, la razón de ser de dicha solidaridad, en la segunda aparece la labor analizadora y desmenuzadora del jurista al enfrentarse con el estudio de las realizaciones institucionales en el Nuevo Mundo; así, la ley panamericana, la justicia panamericana y la seguridad panamericana constituyen otros tantos capítulos a través de los cuales el autor va exponiendo sus puntos de vista.

Tanto en la primera como en la segunda parte, destaca un acontecimiento que si, en un principio, aceleró el posible proceso federal del Nuevo Mundo, hoy, como consecuencia de su desaparición, ha hecho que no llegara a madurar lo que estaba propicio en el período 1939-1947. Realmente, la segunda guerra mundial—y los efectos que la misma llevó consigo—, hizo que los países americanos unieran sus esfuerzos y que en la serie de reuniones, de diferente tipo, celebradas (Panamá, 1939; La Habana, 1940; Río de Janeiro, 1942; México, 1945; Petrópolis, 1947), se tomaran resoluciones que obligaban a los países firmantes a unificar sus respectivas actitudes ante el evento mundial. Entonces se crearon órganos que han tenido honda repercusión en la vida interamericana. A guisa de ejemplo, recordemos que de la Reunión de La Habana data la creación de la Comisión Interamericana de Paz y de la de Río de Janeiro la del Comité Consultivo Interamericano de Emergencia para la Defensa Política, Comité, este último, al que tanta importancia atribuye, con razón, Dupuy, pues en él —debido a la amplitud con que ejercía sus facultades—, se aprecian claramente indudables síntomas federalistas. Sin embargo, este Comité no sobrevivió en la Carta de la O. E. A., ya que en esta fecha (1948) habían cambiado los puntos de vista de los Estados americanos. Por eso, a pesar de la evolución de tipo federalista de que podría jactarse el continente americano, Dupuy acaba por reconocer (pág. 125) que “il est assez vain de se demander si le Panaméri-

canisme prend maintenant corps dans une Confédération ou dans une autre forme des phénomènes associatifs. On perd son temps à vouloir à tout prix classer des groupements en pleine évolution grâce aux moules préfabriqués par la doctrine classique: unions, confédérations, fédérations. Les réalités vivantes du Panaméricanisme participent de tous ces genres”. Con lo que, en último término, abona la tesis de J. M. Yepes quien califica a la Organización de los Estados Americanos como persona *sui generis*.

Desde su punto de vista, observa que lo que se había ganado en el terreno de las instituciones en el período de la guerra mundial, se está perdiendo en el período de la paz, hablando de una crisis actual del Panamericanismo, debido, sobre todo, al mal entendimiento económico entre los Estados Unidos y los países situados al sur del Río Grande, que se manifestó ya en las reuniones de Washington (1951) y Caracas (1954) y que apareció más latente en la reciente Conferencia Económica Interamericana celebrada en agosto de 1957 en Buenos Aires.

Otras muchas consideraciones del libro merecían especial cuidado: así, todo el estudio de los diferentes órganos, de sus competencias y facultades, de la fuerza obligatoria de sus resoluciones... Pero, simplemente, pormenorizar tales aspectos nos llevaría muy lejos. Muy interesantes son las páginas dedicadas a observar la posición argentina ante el movimiento Panamericano y no menos las consagradas al movimiento iberoamericano, movimiento al que debe concederse toda la atención necesaria cada vez que se hable de fuerzas actuantes en el Continente americano. En definitiva, el libro de Dupuy, en donde el lector encontrará bibliografía reciente sobre el tema, es una seria aportación al Panamericanismo y, desde luego, de consulta indispensable para todos aquellos que estén interesados por el proceso interamericano. Solamente se echa de menos un índice de materias, que haría más aprovechable el trabajo, máxime en un libro de tal tipo en donde el mismo asunto, o la misma Reunión o Conferencia vienen registrados en diferentes lugares.

F. G. F.S.

REBOLLEDO, Alvaro: *El Canal de Panamá*. Biblioteca de la Universidad del Valle, Cali, Colombia, 1957, 266 págs.

Pese a haber sido Colombia el país más gravemente afectado, en su integridad y soberanía, por las fuerzas geopolíticas que determinaron la construcción del Canal de Panamá, no son demasiados los estudios colombianos sobre este tema, como si de él se deprendiera un halo doloroso que les impele a rehuirlo. Por ello, es más de apreciar la determinación adoptada por la Universidad del Valle al incluir entre sus ediciones el volumen que publicó en San Francisco de California, en 1930, el escritor Alvaro Rebolledo, prematuramente fallecido. Aquella primera edición circuló en forma muy restringida y no gozó, por lo tanto, de la difusión que merece, lo que ha sido uno de los motivos considerados por la Universidad para efectuar esta reimpresión. El título original de la obra y que ahora figura como subtítulo es muy expresivo: *Reseña histórico-política de la comunicación interoceánica, con especial referencia a la separación de Panamá y a los arreglos entre los Estados Unidos y Colombia*. Como esta leyenda claramente nos indica, son tres las partes en que se divide la obra, o tres, más bien, los puntos de vista que a lo largo de ella predominan. Considerémosla desde cada uno de ellos.

A la historia de la comunicación interoceánica se dedican fundamentalmente los seis primeros capítulos, así como el noveno, mientras que el décimosexto y último conjetura sobre perspectivas, que en 1930 parecían mucho más inmediatas que ahora, de un nuevo Canal por el territorio colombiano y utilizando el cauce del río Atrato. Esta parte, con excepción del último capítulo, no parece contener ninguna novedad de interés respecto a otras publicaciones sobre el tema, pero constituye un resumen muy claro y completo de los esfuerzos y planes para la unión de ambos océanos, desde que Hernán Cortés logró establecerla, precariamente, por el Istmo de Tehuantepec hasta que Fernando de Lesseps perdió fortuna, fama y hasta salud en la batalla contra los obstáculos geológicos y las enfermedades tropicales. El autor reconoce, expresa y afectuosamente, la preocupación que este tema ocasionó a España durante su dominio político en el Nuevo Continen-

te, y no deja de referirse a las frustradas colonizaciones inglesas (escocesas, más exactamente) de territorios centroamericanos cuya posición estratégica para las comunicaciones mundiales aspiraron a controlar. Es evidente que si en aquellos siglos la comunicación por Panamá sólo se estableció por medio del río Chagres y de un camino que lo complementaba, ello fué porque los conocimientos ingenieriles y sanitarios no permitían otra cosa. Si bien la historia de la real construcción del Canal está relatada en otras obras, creemos que esta parte del estudio del señor Rebolledo estaría más completa con una alusión a este esfuerzo de la técnica norteamericana del siglo XX, acertadamente calificado por Bryce como "la mayor libertad que el hombre se ha tomado con la naturaleza". El capítulo dedicado a referir la historia y fracaso del esfuerzo francés es muy ameno y recoge con agudeza las incidencias principales de un *affaire* que tanto perjudicó en todo el mundo el prestigio de Francia.

La historia de la separación de Panamá para su proclamación como una República independiente se halla sintetizada en el capítulo XII, mientras que el XIV pasa revista a los amigos y detractores que le surgieron a Colombia con motivo de este acontecimiento. La documentación reunida y hábilmente manejada por el señor Rebolledo tiende a demostrar que existió una evidente y clara complicidad norteamericana en el incruento alzamiento de algunos panameños, y que esta participación del Gobierno del primer Roosevelt fué gestionada por aquel célebre aventurero que se llamó Philippe Buneau Varilla, cuyo testimonio es valioso porque coincide con los hechos ordenados por Roosevelt y con la propia declaración de éste en la Universidad de Berkeley, algunos años después, donde dijo: "Tomé la zona del Canal y dejé que el Congreso debatiera." Confirmando lo que otros autores ya han dicho, Rebolledo pone bien de manifiesto el abuso de confianza de este Presidente, al amparo de su superioridad militar y naval y de una cínica interpretación del Tratado Mallarino-Bidlack, firmado entre Colombia y los Estados Unidos en 1846. El capítulo XIV

cita declaraciones en pro y en contra de Colombia, pronunciadas tanto en Norteamérica como en los países hispanoamericanos, en donde, como en los textos transcritos se demuestra, hubo un oscuro sentimiento de que se había malogrado el derecho de autor de una obra colosal en la que se cifraron tantas altas esperanzas de Simón Bolívar.

La parte más interesante de la obra se contiene, no obstante, en los capítulos hasta aquí no mencionados, y constituye la reseña de las diversas negociaciones promovidas por el istmo y el canal, principalmente entre Colombia, Estados Unidos, Inglaterra, Nicaragua, Francia, y, después, la República de Panamá. Jalones ya bien conocidos de estas negociaciones, y que Rebolledo enriquece con perspicacia y, también, con algunos documentos colombianos aportados por él, son los Tratados (unos perfeccionados, otros no) que llevan los nombres de Clayton-Bulwer, Mallarino-Bildlack, Hay-Pauncefote, Hay-Herrán, Hay-BunEAU Varilla y Cortés Roots-Arosemena. Naturalmente, y por la fecha en que la obra fué escrita, no se mencionan los acuerdos—principal entre ellos el Alfaro-Hull de 1936—que han mejorado posteriormente la situación de Panamá ante los Estados Unidos. Rebolledo concede la debida extensión e importancia a los contratos celebrados por Colombia con Compañías privadas, tanto con la ya mencionada de Lesseps, como con la que, encabezada por el norteamericano William A. Aspinwall, condujo a la feliz terminación, en 1855, del ferroca-

rril transísmico por el que tantos millares de buscadores de oro hubieron de dirigirse a los placeres californianos. La evolución de las tesis británica y norteamericana está finamente estudiada para mostrar cómo la potencia insular fué dejando paso a su antigua colonia y cómo ésta modificó su primitiva tesis de un canal internacional para un uso internacional hasta llegar a la actualmente realizada en un canal norteamericano y sujeto, en caso de guerra, a los intereses superiores de la potencia constructora. El medio siglo transcurrido desde el Tratado de Clayton-Bulwer (1850) hasta el Hay-Pauncefote (1901) representa exactamente el lapso en el que las fuerzas en presencia en aquella parte del mundo se trastuecan a favor de una aplicación *sui generis* de la Doctrina Monroe. Como corolario de estos acontecimientos advino la construcción del Canal con la previa independencia panameña, respuesta rooseveltiana a los dignos escrúpulos por los que el Senado colombiano decidió rechazar el Tratado Hay-Herrán, en uso de sus derechos y en manifestación de dignidad nacional frente a unas amenazas diplomáticas que parecían destinadas a provocar un incidente y a ser, como lo fueron, prólogo de más graves episodios.

El libro del señor Rebolledo, bien impreso y al que hubiera convenido adicionar algún mapa, es una contribución interesante y todavía viva a la historia de uno de los acontecimientos más importantes de la historia de nuestro siglo.

C. R. P.

